

# Intelectuales, poder, cultura

HUGO VARGAS

**L**orenzo Meyer Cosío, nacido el 24 de febrero de 1942, era un investigador, un académico. Así lo indican la licenciatura y el doctorado en relaciones internacionales en el Colegio de México, los estudios de posdoctorado en la Universidad de Chicago, así como las múltiples actividades relacionadas con la docencia y la investigación universitarias: profesor visitante en universidades de Estados Unidos y España, director de diversos centros de investigación y publicaciones académicas, miembro de distintos colegios y asociaciones universitarios, y autor de libros como *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero*, *Los grupos de presión extranjeros en el México revolucionario*, *El conflicto social y los gobiernos del Maximato*, *México y su historia*. *Del caudillismo a la unidad política nacional*, *Su majestad británica contra la Revolución mexicana*, *La segunda muerte de la Revolución mexicana*, entre otros, además de aquéllos de los que ha sido coautor o compilador, que le han valido reconocimientos como el premio en ciencias sociales otorgado por la Academia Mexicana de la Investigación Científica y el del Comité Mexicano de Ciencias Históricas por el mejor artículo histórico.

En realidad Lorenzo Meyer sigue siendo un académico, pero desde hace algunos años es conocido por los incisivos comentarios editoriales en *Excelsior*. Así, Meyer se convirtió en periodista.

Tal vez si hubiese puesto más atención en aquel folletito que le dieron cuando ingresó, en 1961, a la licenciatura en relaciones internacionales del Colegio hubiese opuesto menos resistencia. En aquel impreso se decía que el objetivo de la carrera era formar profesionales para la diplomacia, para nutrir la propia academia y para el periodismo. “Este último punto nunca lo entendí muy bien —cuenta—, me pareció un mero añadido.”

Pero como él mismo dice, se fueron encadenando las circunstancias. Terminó la licenciatura, luego el doctorado, se fue tres años a Chicago y regresó al Colegio. En todo ese tiempo nunca se le ocurrió escribir para los periódicos. “La razón era evidente —dice—, el tipo de cosas que yo trabajaba y cómo las escribía estaban dirigidas a un pequeño público especializado; un lector de diarios común se moriría de aburrimiento si leyese mis trabajos académicos de entonces o de ahora.”

Un día conoció a Joel Hernández un periodista que ahora está en *El Financiero*. Entonces Hernández trabajaba para Notimex y hacía una serie de entrevistas sobre historiadores. Tras entrevistar a Meyer le sugirió que escribiera periodismo. Meyer pensó entonces que aquella no pasaba de ser una cortesía. Le dijo que no lo hacía porque eran dos cosas muy distintas. El periodista le dijo que no lo era tanto.

Se volvieron a ver y Joel Hernández le propuso escribir para un noticiero en radio, en un espacio de Notimex. “No lo va a oír mucha gente”, adujo Hernández. Eso decidió a Meyer.

“Yo temía hacer el ridículo —confiesa— yo estaba tratando de labrarme un sitio, de hacerme un espacio en la vida académica: fallar afuera repercutiría adentro.”

Pudo más la insatisfacción profunda con su situación que el temor. “Un académico en un sistema autoritario —dice— se da cuenta de muchas fallas, carencias, de lo premoderno e injusto del sistema, pero no puede participar. El periodismo fue una manera de volverme ciudadano, de no ser una de las hormigas a las que el poder aplasta sin que se defienda. Puedo seguir siendo hormiga, pero protestando, picando.”

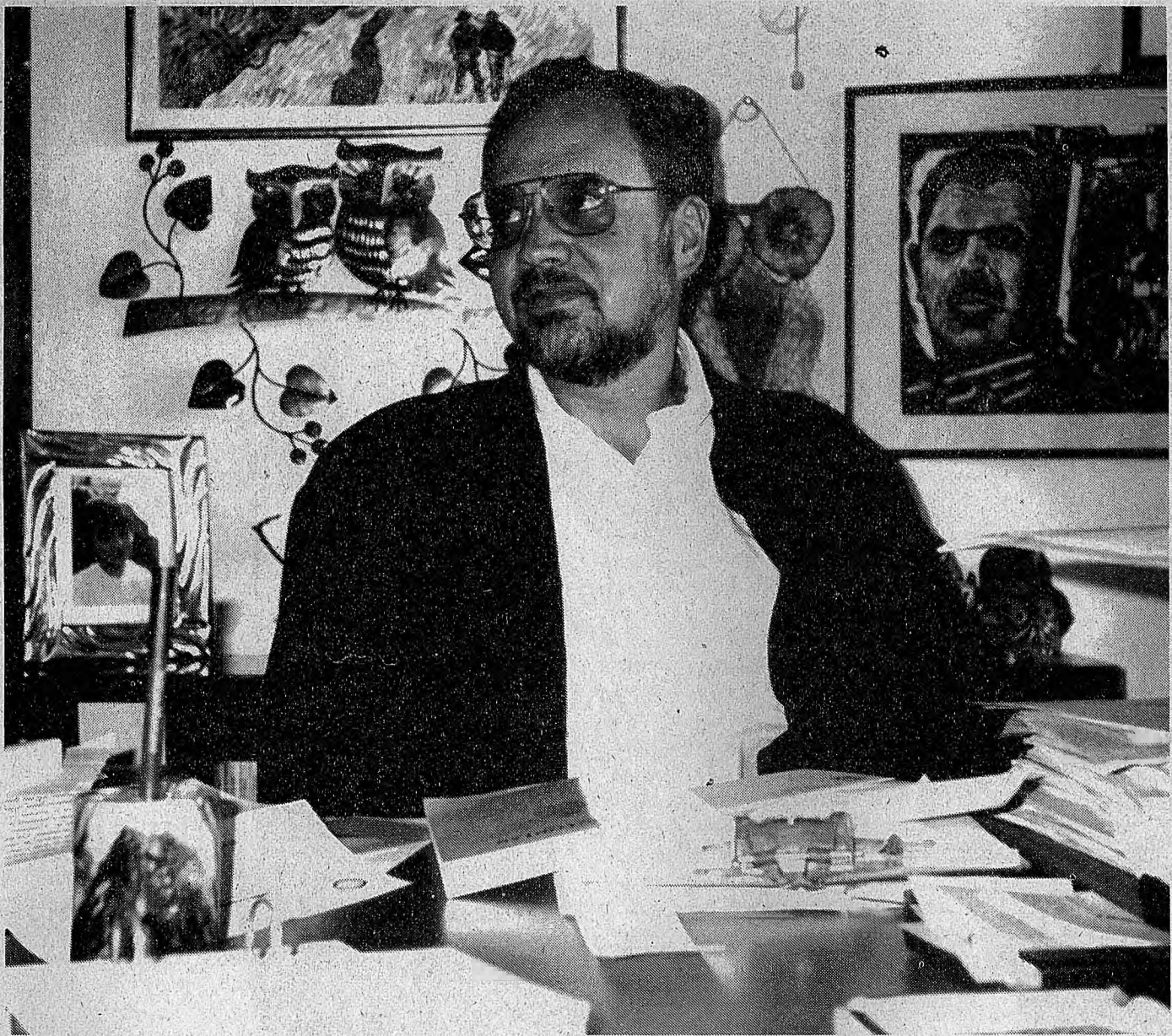
Cualquiera de los libros de los que es autor le suele llevar cinco años de trabajo; si lo leen 2 mil personas al cabo de otros cinco años es un éxito. “La del académico mexicano es una vida casi monástica, hacen voto de todo: de semipobreza, de humildad, de irrelevancia.”

“Al publicar en la prensa recibí críticas en el medio académico porque entonces y hoy se considera al periodismo como una actividad de segunda, ya que quien escribe en la prensa tiene que sacrificar sofisticación, profundidad, en aras de la simplicidad. Pese a la desaprobación de los colegas, empecé con el periodismo.”

Cuando Gobernación corrió de Notimex al equipo que lo había contratado, al inicio del gobierno de De la Madrid, Meyer pensó que su corta carrera periodística había terminado. Pero Rafael Segovia, un colega del Colegio que sí escribe en la prensa, le sugirió ir a *Excelsior*.

Al principio no le publicaban todas las semanas. Luego sí, pero en días y lugares distintos; durante algunos años pre-





guntaba constantemente ¿oiga saldrá esta semana mi artículo?, ¿cuándo? “Esta situación un poco humillante terminó—recuerda— cuando don Gustavo Durán de Huerta, un periodista muy profesional y al que estimo mucho, llegó a la jefatura editorial del periódico y me aseguró que tendría un día y un lugar fijos. El lugar era el espacio donde había publicado don Daniel Cosío Villegas.”

Con el periodismo, dice Meyer, puede participar y llevar algunos de los frutos de su actividad académica a un público no especializado; puede hablar de la vida cotidiana de los mexicanos, de lo que sucede todos los días usando el conocimiento que le han dado “tantos años de andar dándole vueltas a la historia política de este país”.

Meyer pasó sus trabajos para superar los problemas de las dos escrituras. El profesor Segovia fue también el que le dio la clave: “No trate más de un tema y hágalo de manera directa”, le dijo. “Yo solía mezclar más de uno, a veces hasta tres, entonces mis artículos eran muy complicados y densos. Pero creo que logré cambiar de tono, y aunque no soy el más indicado para juzgar-

me, puedo escribir para una revista académica en el viejo estilo, y para el periódico en otro.”

En 1989 Meyer recibió el Premio Nacional de Periodismo por artículo de fondo.

#### *¿Qué reflexión inicial le sugieren los temas propuestos?*

En la historia de América Latina hay una peculiaridad: la importancia política de los intelectuales, que no se compara con la que tienen en Europa occidental o en Estados Unidos, donde es menor. Sucede que en nuestra América, y muy concretamente en México, el intelectual sustituye, en cierto sentido, una carencia fundamental: a las instituciones representativas de la sociedad civil. Nuestra sociedad no cuenta con órganos, instituciones y estructuras que efectivamente representen sus intereses ante el poder y le exigen a éste responsabilidad y acciones. Si los partidos políticos son débiles o no existen, si los parlamentos son, como el caso mexicano una cosa de risa, una farsa, hay, como en un cuerpo que pierde un órgano, un desarrollo de otro que trata de compensar la carencia.

Si los intelectuales en México tienen una importancia un poco mayor que en otras partes —y prueba de ello es esta entrevista— es porque son alternativas, son sustitutos de las instancias democráticas e institucionales. El Congreso está para que se expresen los problemas, las necesidades, las demandas, las exigencias de una sociedad, pero ése no es el caso del legislativo mexicano.

Pongamos un ejemplo. Acaba de aparecer un artículo de Carlos Montemayor sobre los problemas que afectan a un grupo de indígenas chiapanecos. En un sistema democrático sano, ese artículo de denuncia y exigencia no tendría la urgencia e importancia que tiene en México porque los congresos ya hubiesen tomado cartas en el asunto. ¿Por qué se metió el ejército en Chiapas? ¿Hubo realmente un inicio de guerrillas que llevó al ejército a usar la fuerza contra un grupo de conciudadanos? Silencio. Nada. Ni el gobierno de Chiapas, ni los congresos actúan en este caso. Carlos Montemayor, un intelectual que aborda el asunto, lo explica: sostiene que allá hay un conflicto de tierras entre ganaderos e indígenas y que ésa es la raíz del conflicto, por eso la represión, la presencia del ejército y la policía. El artículo exige deslindar responsabilidades, dar soluciones más allá de la fuerza.

Si algo similar ocurriera en Inglaterra, Estados Unidos o en Francia, la sociedad tendría sus representantes políticos formales, ellos más que los intelectuales exigirían respuestas, responsabilidad, y esclarecerían el hecho.

Los intelectuales están entrenados para tener una visión crítica de su entorno, pero aunque hagan el mejor de los esfuerzos no pueden sustituir a la democracia. Son y lo subrayo, unos pobres sustitutos de instancias democráticas, y tienen —el espíritu puede ser fuerte pero la carne es flaca— una historia ambigua en su relación con el poder. En este punto no queda más remedio que utilizar la palabra inglesa *coptación* para describir una de las debilidades de los intelectuales en México: el poder por la vía de los honores o el dinero, busca limar su capacidad de crítica, neutralizarla.

*¿Esto siempre ha sido así?*

Básicamente.

*¿En dónde tenemos que buscar el origen de esta relación?*

Todos los intelectuales, que se comporten como tales, fieles a su vocación, aquí y en otras partes —incluso en países avanzados— tienen como parte central de su vocación y su entrenamiento la obsesión por buscar y explicar la distancia que media entre lo que es y lo que debe ser. La realidad, incluso la mejor, siempre será imperfecta en función de un modelo ideal. Lo que es y lo que debe ser en ningún país, en ninguna sociedad, se corresponden. Ahora bien, en éste como en muchos otros casos hay grados. La distancia entre cómo se comportan y cómo deberían hacerlo las estructuras políticas en los países democráticos es relativamente corta si la comparamos con el nuestro. En México, y por lo menos desde la Independencia, *nunca, jamás*, ha correspondido el marco jurídico legal vigente con el comportamiento real del sistema. Cualquier constitución, la de 1824, la de 57, y obviamente la de hoy —esas formas en que deberían desarrollarse las relaciones de poder para ser legales y legítimas— no han correspondido a la realidad. La distancia es tan grande, tan insalvable que, sin

*El intelectual que se convierte en servidor del político tiene que abandonar su esencia y adoptar la del político, convirtiéndose en un técnico*

ser particularmente inteligente, y con un sentido común normal más un mínimo sentido de la decencia, el intelectual no tiene más remedio que ser crítico.

Esta no correspondencia entre el marco legal y el comportamiento real del sistema político probablemente se deba a que fuimos una sociedad colonizada y los efectos perduran. Supongo que en un país donde sus leyes, sus instituciones son producto genuino de su propio desarrollo histórico, su funcionamiento será mejor. Los ingleses dieron forma a su parlamentarismo. Estados Unidos inventó la presidencia y los partidos. Esa presidencia y esos partidos políticos se comportan ahí más o menos como debieran. En México, por el contrario, tenemos partidos y presidencia que no fueron producto de nuestra propia evolución sino copia de los que otros crearon para hacer frente a una realidad muy diferente.

Nuestra estructura institucional ha sido impuesta o copiada, y nunca ha arraigado bien. Los derechos del ciudadano no son nuestros, los tomamos de Francia y Estados Unidos, pero como lo muestran los informes, en la práctica lo que hay en México, es una violación sistemática de esos derechos. Y así en cualquier área en que nos movamos.

*Un terreno fértil para la crítica de los intelectuales.*

Sólo si desarrollan lo que debe ser su verdadera vocación.

*Hablábamos de la coptación, ¿cuáles son los mecanismos del poder para atraer a los intelectuales, académicos y podríamos agregar ahora a los artistas?*

Desde que, con muchísimos trabajos, México entró a la estabilidad política con el porfiriato —cortada luego por la Revolución, pero retomada por la posrevolución— los intelectuales tendieron a ser asimilados más que ignorados o reprimidos por el poder. Con Díaz, el Estado les abrió las puertas a cambio de que dejaran de ser fieles a su vocación, le pidió que dejaran de ser críticos y se convirtieran en técnicos, y esa política continúa. El precio de la invitación a servir al poder es no usar libremente la imaginación y sus conocimientos para examinar la realidad, y a hacer suyas las prioridades y valores de la élite política. Así resulta que son útiles al Estado con el pretexto de que lo son para la sociedad, pero entre los intereses del Estado y los de la sociedad puede haber verdaderos golfos.



Don Porfirio capta-copta a un buen número de intelectuales. Hay mucha gente de una inteligencia brillante y gran capacidad de análisis —como el ingeniero Bulnes— que se convierten en engranes del aparato del porfiriato. Son los mejor preparados, con una educación moderna, que se disciplinan ante el poder. Lo mismo sucedió al concluir la Revolución e institucionalizarse el nuevo régimen.

*El intelectual como político.*

La tarea del intelectual es antagónica a la del político; por principio son agua y aceite. El político es el hombre práctico; su interés primordial no es la búsqueda del conocimiento, de la verdad, sino la búsqueda de la efectividad, para mantener el poder, el propio y el de su grupo, y en el mejor de los casos el de su proyecto; para lograr esto manipula en función de su meta. El intelectual debe tener como obsesión —aunque no lo alcance, porque nadie lo puede hacer— la búsqueda de la verdad, y si en el curso del análisis se descubre que no hay correspondencia entre lo que se desea encontrar y lo que verdaderamente se ha encontra-

do, pues la objetividad debe prevalecer sobre cualquier otra consideración.

El discurso político, por casualidad, coincide con la verdad. El intelectual que se convierte en servidor del político tiene que abandonar su esencia y adoptar la del político, convirtiéndose en un técnico.

Un ejemplo puede ayudar a ilustrar el punto. Cuando Colby dirigía la CIA en los años ochenta, ordenó un análisis sobre la situación mexicana. El señor Colby tenía interés en que el informe de la CIA dijera que había un alto riesgo de inestabilidad en el país. El analista encargado del estudio llegó a la conclusión de que no había tal riesgo. Colby rechazó el resultado, cambió el estudio y el analista renunció. El hecho es muy ilustrativo: en cualquier sistema el hombre de conocimiento que sirve al aparato de poder, tiene que abandonar sus preferencias y su apego a la objetividad para adoptar los objetivos, los valores y las visiones del poder. Si en algún momento se contradicen los valores del político y el intelectual, el poder tiene prioridad en todas partes.

*En la historia de América Latina hay una peculiaridad: la importancia política de los intelectuales, que no se compara con la que tienen en Europa occidental o en Estados Unidos, donde es menor*

*Supongamos que llega la democracia, ¿cómo se modificaría la situación de los intelectuales?*

De darse ese caso, el intelectual mexicano se convertirá en algo más parecido al intelectual de Occidente. Se dedicaría fundamentalmente a la búsqueda del conocimiento y a la crítica, pero en relación con ésta sería sólo elemento y no, como hoy, el más importante. En un sistema democrático la crítica más importante debe venir de la oposición en los congresos, de los partidos, de la prensa, de las organizaciones sociales. Los intelectuales darían parte del material crítico pero no estarían en la línea de fuego contra el poder.

Desde luego para el Estado ya no sería tan importante copiarlos, pues la crítica políticamente más importante a la que tendría que dar respuesta, sería la originada en los partidos y el Congreso.

*¿Qué expresan las últimas escaramuzas culturales?*

*¿Cuáles?*

*El Coloquio de Invierno, los libros de texto por un lado, por otro el debate sobre los impuestos, el sistema de creadores, y ahora la reunión patrocinada por un precandidato del PRI?*

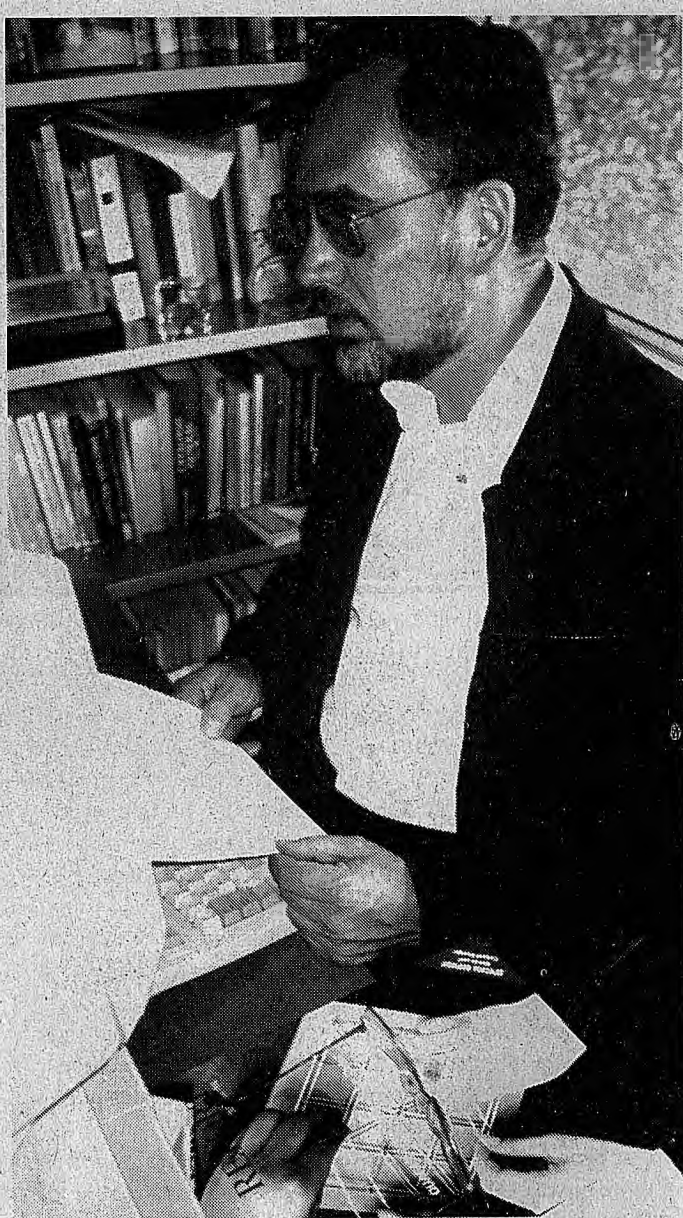
Son batallas políticas. No participé en ningún coloquio de verano, ni de otoño. Tales eventos son útiles, lástima que de ellos sólo se entera un puñado de personas, pues el grueso del público tiene su atención en otros temas.

*¿Cómo es el clima intelectual mexicano? ¿La falta de democracia lo ha influido? ¿Hay intercambio de ideas o todo es pelearse los favores del Príncipe?*

Para algunos sí es de vital importancia ser abanderados del Príncipe. Es, como dije, cuando dejan de ser intelectuales y se vuelven más aparatos de apoyo para el político. Pero eso no impide que aquí y ahora se debatan muchas ideas y se tengan las antenas desplegadas a los cuatro vientos.

La ausencia de democracia no ha llegado al punto de impedir la labor intelectual y académica, simplemente le ha dado un carácter peculiar. Ha llevado al intelectual más tiempo fuera del estudio, cubículo o biblioteca para cumplir, parcialmente y no muy bien, esa función de sustituto de la pluralidad institucional.

*¿Cómo es hoy la intelectualidad mexicana? ¿Qué actitud es la hegemónica entre los intelectuales: la crítica o la cooptación?*



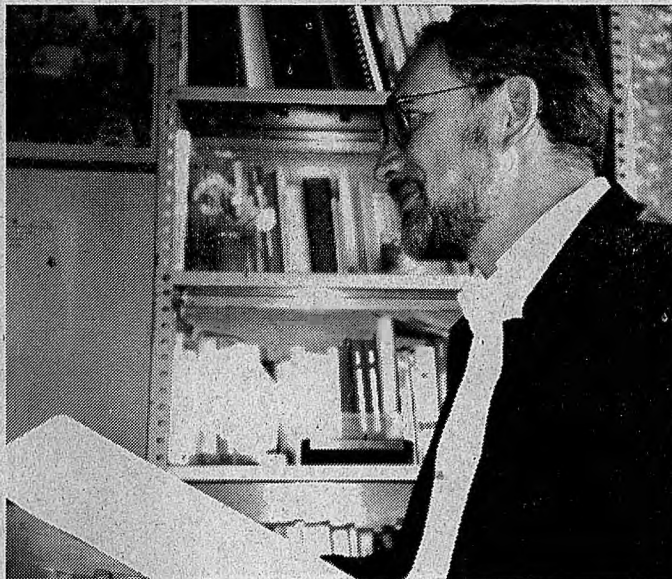
Las dos están presentes, pero entre más visible sea el intelectual en cuestión, más posibilidades hay de que el poder lo corteje.

*¿Cuál es la relación entre la intelectualidad mexicana y las universidades?*

Aquéllos se nutren en y de la universidad. El gasto de los gobiernos posrevolucionarios en la educación, en instituciones de enseñanza superior e investigación dio lugar a una academia de mayor importancia relativa que la anterior. Si hoy quitáramos a las universidades no podríamos explicarnos a ese grueso de intelectuales y académicos.

Conviene aquí hacer un alto y distinguir entre intelectual y académico, pues muchos académicos no son propiamente intelectuales, y muchos de estos últimos no tienen vida académica. La universidad es básicamente el medio de los académicos, especialistas en áreas del conocimiento. El intelectual es aquel que reflexiona más allá de su especialidad, en áreas mucho más amplias, apoyado, sí, en algún área de la ciencia pero no constreñido por ésa; el intelectual busca, intenta, la gran visión. En contraste, al académico lo que le da un lugar entre sus iguales es el conoci-

*El precio de la invitación  
a servir al poder es no usar  
libremente la imaginación y sus  
conocimientos para examinar  
la realidad, y a hacer suyas  
las prioridades y valores  
de la élite política*



miento detallado, el ser experto en un área muy concreta del conocimiento. Por supuesto que en algunas personas estas dos facetas se juntan.

Pese a que la educación en México no es lo buena que pudiéramos esperar, tiene espacios de muy buena calidad. Desde los estrictamente técnicos hasta las humanidades. Hay áreas muy desarrolladas, en donde quienes ahí trabajan no desmerecen en calidad y resultados de sus pares —que ponen los estándares— de los países desarrollados. No son muchos, pero los hay.

*La situación actual de la universidad —la falta de recursos, la masificación, etcétera—, supondrá un cambio en la función de proveer “los cuadros” para el sistema?, ¿implica una modificación de la relación universidad-poder?*

El peor momento para las universidades parece haber pasado. Ahora hay la intención de darles un poco más de recursos y se han creado un montón de mecanismos neoliberales para ello, desafortunadamente un poco burocráticos.

Las universidades privadas toman cada vez más importancia. No me gusta el ambiente de la universidad privada. Me formé en El Colegio de México que es una universidad pública pero estuve tres años en la de Chicago que es privada, pero muy distinta a las de aquí. Las universidades privadas mexicanas son como empresas, concentradas en explotar y servir al mercado y, por ello, buscan no crear molestias en el “cliente”. Pero bienvenidas, bienvenida la alternativa. Si algo hace mal la universidad pública y lo puede hacer bien la privada, mejor que mejor; la sociedad mexicana tendrá alternativas. Eso es algo con lo que la democracia posible y el neoliberalismo real no pueden estar en desacuerdo: que compitan las diferentes visiones, que se muestren las alternativas y que el mejor salga adelante.

Ojalá el sector privado deje de ser tan poquitero en sus proyectos académicos, y sea también un semillero de verdaderos intelectuales. Para ello tendrá que remontar algunas tradiciones de cerrazón, de visión corta. Hasta ahora de esas universidades salen más técnicos que académicos. ¿Dónde está la investigación —en mi ramo, en las ciencias sociales— donde están las grandes investigaciones de los sociólogos, economistas, politólogos, antropólogos de la empresa-universidad privada, para no hablar de otras áreas del conocimiento con las que no tengo familiaridad? Las universidades públicas son hasta ahora las únicas que

buscan el conocimiento por el conocimiento mismo: son las que pueden tener un biólogo trabajando en el estudio de las aves silvestres porque quiere, porque le gusta, no porque es parte del proyecto de un laboratorio farmacéutico que quiere explotar tal o cual cosa.

Barrington Moore definió a la universidad como “un espacio para la búsqueda desinteresada de la verdad y la belleza”. ¿Las privadas lo son? Creo que no, el desinterés en el sentido de Moore no es su característica.

*Y la universidad pública lo ha hecho?*

Tiene oasis donde sí. Son pocos pero los hay. Lo que la abruma es la distancia que hay entre los burócratas, los políticos de la universidad y los académicos. Es una distancia tan grande como la que hay entre el intelectual y el político.

*¿Cuál es el papel de los medios en la democratización?*

Mi juicio sobre ellos no puede ser tan duro como lo era hace 15 o 20 años. En los años cincuenta, por ejemplo, ese campo era un desierto, una verdadera desgracia y una vergüenza. Siguen las zonas de desgracia y de vergüenza pero por lo menos hay ya cierta prensa digna de ese nombre, formada con mucha gente de la más alta preparación formal.

El otro extremo, donde no ha habido avance significativo, está en la televisión: un monopolio en un país que no debería tenerlos y que gana una cantidad fantástica de dinero, cuyo representante más preclaro apareció en *Fortune* con un capital de más de tres mil millones de dólares. ¿Y qué es lo que esa televisión da a cambio? ¿Cuál es su contribución positiva a la cultura mexicana y, en el caso de la política, al debate nacional? Nada. Es un tapón. Es una forma sistemática de desinformación.

*Un formidable obstáculo para la democratización del país.*

Enorme. Pero no absoluto. En 1988, pese a tener en contra a toda la televisión, la del gobierno y la del monopolio privado, una coalición opositora —el Frente Democrático Nacional— le dio el susto mayúsculo al sistema, tanto que se cayó de la impresión. La televisión es una de nuestras tareas pendientes. La cultura cívica mexicana tiene ahí una ausencia.

La radio es un poco más plural, no hay un monopolio, pero como también depende de las concesiones gubernamentales tiene siempre la espada de Damocles sobre su cabeza. ◀